

había siempre el encuentro de una paradoja, de una estupidez por desechar y denunciar, alguna perla ridícula escondida en el galimatías de los políticos, que casi siempre denotaban corrupción o desarreglo.

Pero deseo referirme a un género literario que Javier llevó a su más alta forma de expresión: lo llamaré, a falta de otro término más adecuado (otra vez la ausencia de Javier que hubiera resuelto la duda), “viñeta”, en que pintaba, con tonos suaves y exactos, exaltando virtudes y marcando tenuemente defectos, vidas en proceso o terminadas que en el genio literario de Javier se convirtieron en joyas narrativas que no debieran nunca perderse o traspapelarse.

Recuerdo algunos de esos retratos vivos (¿acuarelas?) que Javier pintó de hombres y mujeres cercanos que han dejado huella entre muchos: la *Memoria personal de Borges*, los *Cuentos y cuentas de Luisa Valenzuela*, el *Itinerario de Pedro Henríquez Ureña*, *La muerte de un filósofo*, sobre Emilio Uranga, y *Vlady: Utopías y Destierros* y muchos otros más.

Al lado de estas “viñetas” más elaboradas pudiera también hacerse una selección de los estupendos artículos políticos que publicaba sin periodicidad fija en *La Jornada* pero que, cuando salían, llamaban la atención por la finura del análisis. Sería magnífico que, por ejemplo, la Universidad Nacional Autónoma de México reuniera estas perlas literarias de Javier Wimer en un tomo por demás atractivo y profundo.

Claro que tengo presente el prólogo excepcional que escribió para encabezar un libro de fotografías de un servidor sobre Nueva York: *Escribir con luz*, lo llamó Javier, que no sólo revela aspectos escondidos de las propias fotografías sino secretos poco observados de la fotografía en general. La sutileza y la calidad de la mirada que le disparaban asociaciones originales, reflexiones de un observador del arte con la más alta educación y cultura visual.

Sería interminable enumerar la variada exploración que del mundo emprendió Javier. Pero no debo silenciar uno de los aspectos en que se expresó con más fuerza su ser universal: su tarea como editor, no sólo a la cabeza de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito, que cumplió con el rigor y la eficacia que lo caracterizaban sin excepción en sus empresas, sino con la estricta probidad y contención moral que invariablemente marcaron sus desempeños públicos.

Fue además Javier Wimer el editor de esa inolvidable revista trimestral que llevó por título *Nueva Política*, en la década de los setenta, reunió textos de importancia histórica para comprender algunos fenómenos del tiempo nuestro, lo mismo sobre el sistema político mexicano que sobre el fenómeno de la comunicación, adelantándose décadas a las definiciones e incluso a los reclamos que hoy están a la orden del día en nuestro

país, en todos los países, para ser más exacto. La sociedad como depositaria en democracia de la genuina voluntad popular. Y, naturalmente, esos libros imprescindibles que aluden a la historia del arte y al desarrollo de los pueblos del suroeste mexicano, particularmente en el territorio que hoy ocupa el estado de Guerrero.

Amistad acendrada y constructor de relaciones humanas inolvidables, cuidado extremo en la expresión y en el estilo no sólo de escribir sino de vivir, genio de la observación y de la sutileza que son imprescindibles en todo juicio profundo, cultura que fue caudal y también ejemplo de tersura y pulimento al extremo. ¿Cómo no decir que deja un hueco insustituible entre nosotros, en México y entre sus amigos? ¿Cómo no decir que su espíritu de ironía nos hace y nos hará falta en el tiempo que nos resta?

JAVIER WIMER, MI PADRE
Marilina Barona del Valle

Una constante en su vida fue su pasión por los libros, esos cuerpos mágicos que en su interior desdoblan las palabras, y las anticipan en sus tapas.

Los amaba, pero jamás como elementos decorativos para cubrir un muro, y no sólo como instrumentos para el aprendizaje escolar, o en los que se encuentra información “útil”, sino como puertas hacia universos múltiples y desconocidos.

Ese objeto, con cubiertas de cuero, de tela, o de cartón grueso, con relieves y texturas que los hacen seductores al tacto, con olores a viejo, a distintas ciudades, o por qué no, a recién impresos, a tinta y papel que estrenan un nuevo encuentro.

Libros que nos hablan de una isla chilena habitada por gigantes de piedra; libros que relatan con textos e imágenes de la muerte danzante, su fuerza que no se acobarda ante un monarca o un ministro; libros-zoológicos que resguardan aves, escarabajos, ballenas, serpientes, peces, felinos, y también unicornios, pegasos, minotauros, grifos, dragones y centauros.

El libro, nos decía, es una caja mágica donde viven los duendes de la letra impresa: esas manchitas negras que se toman de la mano para recrear el mundo del hombre: la piedra inmóvil y el colibrí sin reposo, la noche ciega, y el mediodía deslumbrante, los murmullos y las tempestades, todos nuestros deseos, pensamientos y acciones.

Los libros, sus entrañables compañeros de toda la vida.

En su honor, invito a que se acerquen y deleiten sin miedo y con placer, de tantos banquetes bibliográficos que disfrutó.